

tra los judíos a lo largo de su historia, principalmente durante el holocausto nazi, transfiriendo la responsabilidad del antisemitismo al pueblo palestino, que nada tuvo que ver con la persecución a los judíos. Los palestinos llevan más de medio siglo pagando una culpa que no tienen, mientras Europa se ha sacudido toda responsabilidad y tranquiliza su conciencia apoyando al Estado de Israel, que es agresivo con los palestinos y con sus vecinos árabes como fruto de una experiencia histórica victimista que justifica su violencia. Un Estado laico compartido entre palestinos e israelíes podría poner fin a esta dinámica de conflictos. El retorno en Europa de un laicismo verdadero haría superar igualmente la herencia de la intolerancia de otras épocas. Precisamente, las guerras de religión que asolaron buena parte de los países europeos durante 150 años es la experiencia que se ha de partir para analizar el lugar que la religión ha de tener en la sociedad y cómo el laicismo es una propuesta de paz en este sentido.

Es interesante observar la trayectoria inversa que la libertad religiosa ha tenido en Europa y el mundo árabe. En el mundo cristiano, una vez que la Iglesia se hizo con el poder aplicó formas de dominación coercitivas e impidió la libertad, pero ha ido evolucionando hacia posturas modestas. En el islam sucedió al revés, los primeros siglos se caracterizaron por la tolerancia y la apertura de pensamiento, pero se cerró la puerta al razonamiento, a la exégesis (*iytihad*), y se tendió a formas inmovilistas. Mientras Europa ha logrado separar el poder temporal y el espiritual, ahora se pretende lo contrario en los países del islam, con esa política de vuelta del hecho religioso, impulsado por la ideología wahabí de Arabia Saudí. Es necesario recuperar la libertad de interpretar el texto sagrado de los primeros siglos del islam, abriendo la puerta del *iytihad*, para conseguir asentar un proceso de laicización en los países de Oriente Próximo que lleve a la democracia y a la libertad. Para el estudioso libanés, su propuesta laica alcanza al meollo de las relaciones internacionales y es lo que podrá evitar conflictos de envergadura, como una tercera guerra mundial.

A lo largo del texto, desgrana Corm ideas y argumentos bien armados en torno a los temas aquí reseñados y a otros a los que no hemos aludido. Me parece que el prólogo y el índice de la obra no muestran adecuadamente su contenido. Algunos de los temas y reflexiones más interesantes no aparecen mencionados en la presentación del libro,

sino que los vamos descubriendo según avanzamos en su lectura. Es la mayor satisfacción que me ha producido esta obra, encontrarme con temas y análisis que no esperaba.

Cuenca Toribio, José Manuel (ed.), *Iglesia y cultura en la España del siglo XX*, Madrid, Actas, 2012, 519 pp.

Por Manuel Revuelta Gonzalez
(Universidad Pontificia de Comillas)

I

José Manuel Cuenca ha escrito este libro al cruzar el rasante de 50 años dedicados a una labor historiográfica incansable, con especial atención a la historia de la Iglesia. A falta de un bien merecido homenaje por tan espléndida labor, este libro suscita, al menos, un sentimiento de gratitud a un gran historiador, pionero de la historiografía eclesial contemporánea, organizador de encuentros y escritor prolífico y profundo. Entre sus producciones de alto calado cultural, este libro es acaso el más significativo entre el centenar que ha salido de su pluma. Contiene esta obra las características formales que hacen inconfundibles las cualidades de nuestro autor. El estilo literario se expresa en una prosa exuberante y barroca, rica en epítetos y gustosa de palabras emboscadas que requieren el manejo del diccionario. Imaginación y pensamiento se sirven en párrafos elásticos, en los que el autor hace gala de un malabarismo verbal que exige relectura.

Por debajo de su exhuberancia expresiva, el profesor Cuenca desborda, *ex abundantia mentis*, una erudición inmensa y una información cultural oceánica. El punto más fuerte de su historiografía descansa en una bibliografía extensa y actualizada. La letra pequeña de las notas bibliográficas forma un todo inseparable de la letra grande del texto. Son notas abundantes, con largas citas de los autores reseñados, muy bien elegidas para confirmar las afirmaciones o para sugerir nuevos derroteros. Del medio millar de páginas del libro que nos ocupa, se dedican 290 al texto, y 196 a las 513 notas. Si añadimos las 19 páginas de los índices de nombres a doble columna podemos asegurar la riqueza informativa.

Iglesia y cultura posee una fuerza interpelante mayor que la de otros escritos similares. Abundan en el libro los juicios de valor, expresados a veces de manera hiperbólica, en descalificaciones o alaban-

zas sobre determinadas personas, empresas o instituciones culturales. Pero el autor matiza a menudo las afirmaciones rotundas, de manera que la obra, vista en su conjunto, ofrece una visión equilibrada con el debido contrapeso de las opiniones, en un esfuerzo de información honesta, de apertura intelectual y espíritu de diálogo. El libro ofrece el aliciente de las cuestiones disputadas; y sobre todo invita a reflexionar sobre un problema del pasado que sigue palpitando en el momento presente. En esto radica el valor mayor de este libro: en que abre campos de estudio, plantea discusiones dignas y, sobre todo, hace pensar.

Es un libro de argumento epocal y nuclear. Epocal porque llena el largo espacio del siglo XX. Y nuclear porque toma como argumento las relaciones entre Iglesia y cultura. Nada menos. Un libro con un tramo temporal tan extenso y con un contenido temático tan intenso pertenece al género de la síntesis histórica. Se puede comparar con otro libro parecido que nuestro autor publicó en 2003: *Catolicismo social y político en la España contemporánea (1870-2000)*. El enfoque que entonces se dirigía a la acción social de la Iglesia se centra ahora en su acción cultural. En ambos casos se nos brinda la síntesis brillante de un asunto complejo y discutido; con todas las dificultades de una síntesis, en la que forzosamente hay que omitir pormenores y detalles, pero con las ventajas, en los dos casos, de una visión panorámica bien documentada, que informa y hace reflexionar.

II

El libro contiene cinco grandes capítulos, que, como el mismo autor explica en el prólogo, se concentran en tres (el 1º, el 3º y el 5º), si se tiene en cuenta que los otros dos (el 2º y el 4º) pueden considerarse como complementos o extensiones de los que les preceden. Los tres capítulos medulares abarcan los tres períodos en los que puede dividirse el siglo XX: la primera parte abarca los tiempos de la monarquía y la república; la segunda, el franquismo; la tercera, la transición y democracia. Pero no son divisiones tajantes, sino difuminadas, en torno a dos acontecimientos que tuvieron sus antecedentes y sus consiguientes: la guerra civil y el concilio Vaticano II. Las manifestaciones culturales, que ocupan el argumento del libro, son movimientos del espíritu que no pueden encerrarse en fechas divisorias tajantes. Esta movilidad cultural ha quedado reflejada en la estructura misma del libro. Los

capítulos se empalman unos en otros sin solución de continuidad, sin divisiones temáticas ni compartimentos estancos. El discurso histórico fluye como la corriente de un río, que permanece en unas aguas que son y no son las mismas.

El discurso historiográfico transcurre aquí en unidad y diversidad. La unidad proviene de la llamada cultura católica. El término cultura tiene un significado múltiple, que en el libro queda acotado en la respuesta artística e intelectual de los grupos católicos más destacados, que se expresan fundamentalmente en las publicaciones escritas o en las instituciones docentes de alto nivel. Esta cultura, doctrinalmente unitaria, tuvo que responder a las demandas cambiantes de los tiempos y a los desafíos de otros grupos culturales que a menudo se mostraban indiferentes y hostiles. Esta combinación de elementos unitarios y diferentes es una de las constantes con las que se describe la trayectoria cultural de la Iglesia española.

El capítulo 1º se titula: “el desafío de la modernidad: una respuesta alicorta”. El panorama español del primer tercio del siglo venía marcado por el regeneracionismo y la crisis modernista, a la que seguirá el desafío de la república. La cultura imperante estaba representada por la generación del 98 y la edad de plata de la literatura española. La Iglesia intentó responder a esos retos mediante el rearme cultural y docente de las congregaciones religiosas, jesuitas, agustinos y dominicos principalmente. Son las respuestas universitarias de Deusto, El Escorial y el seminario-universidad de Comillas; revistas de nivel intelectual como *Ciencia Tomista*, *La Ciudad de Dios* y *Razón y Fe*. La crisis modernista, en cambio, no obtuvo apenas respuesta, a tono con el bajo nivel cultural de la Iglesia española. Se destacan las figuras de Menéndez Pelayo, Asín Palacios, Amor Rubial y otros sabios católicos, y se pondera el aperturismo de la revista *Cruz y Raya*, de José Bergamín, en tiempos de la República. Fue uno de los pocos intentos para acortar distancias con la cultura de la modernidad imperante, que, sin embargo, se quedaron alicortos.

El capítulo 2º es un complemento del anterior: “La contribución de la ACNP y del *Opus Dei* a la cultura española”. Son dos resúmenes enjundiosos sobre las dos instituciones culturalmente más relevantes de la Iglesia española novecentista. Con el bagaje bibliográfico de costumbre el capítulo sirve de puente a las tres épocas. La institución de Ángel Herrera se fundó en 1909 y la de

Josemaría Escrivá en 1928; pero una y otra prosi-guieron su andadura más gloriosa a lo largo del franquismo hasta el momento presente. Lo más novedoso en ambas instituciones era su componen-te seglar, que les dotaba de una eficacia nunca vista en el campo cultural y docente. De estas dos ver-tientes se ocupa el libro, con sabrosos detalles de las empresas universitarias y publicísticas, y alusiones a sus protagonistas principales. Creaciones de los propagandistas fueron la Biblioteca Pax, la editorial Pro Ecclesia et Patria o la BAC, y los periódicos El Debate y Ya. La fundación CEU irrumpió en el campo de la enseñanza con sus grados y modalida-des. El autor se atreve a calificar de asombrosa la aportación de los propagandistas (acnepistas los llama) a la cultura española de signo católico, hasta ponerla en parangón con la Institución Libre de Enseñanza. Las referencias culturales al *Opus Dei* reciben también una valoración muy positiva, con rendida admiración a la Universidad de Navarra y sus numerosas publicaciones, a la presencia en los medios de comunicación social (694 publicaciones en 1979), a las revistas para diversos sectores y a la espléndida labor editorial (Rialp y sus series). Un balance, en definitiva, muy estimable, aunque no exento de carencias.

El capítulo 3º, “La postguerra, ¿una ocasión perdida?”, prolonga el análisis de la cultura confesio-nal a los años del régimen franquista, bajo la sombra de un interrogante. Bajo el amparo oficial del régi-men, la Iglesia vivió un despliegue en todos los ámbi-tos, incluido el cultural. El elenco de muestras cultu-ales, resulta, en verdad, imponente, aun a título de inventario, si se cuantifican las revistas, la presencia universitaria, los centros o sociedades de promoción cultural, las editoriales y los medios de difusión. El autor se detiene en las empresas culturales más inci-sivas, como las revistas *Surge*, *Signo*, *Incunable*, *Criterio*, *El Ciervo*, *Vida Nueva* y las desgajadas de *Razón y Fe*, en editoriales de amplio catálogo como PPC; en los centros universitarios renovados como la Pontificia de Salamanca o la de Comillas en Madrid; en instituciones culturales como la Fundación Universitaria Española, la Sociedad de Estudios y Publicaciones del Banco Urquijo o el Centro de Estudios Eclesiásticos de Roma. Entre los escritores católicos se hace una semblanza entusiasta de José María Pemán, mientras la nota cultural de los obis-pos no alcanza las cotas deseables.

El interrogante planteado en el capítulo 3º se prolonga en el capítulo 4º: “un catolicismo contra-

ditorio: conversaciones y polémicas (1950-1965)”. Se trata de una monografía sobre dos even-tos culturales que por su apertura y modernidad navegaron a contracorriente del nacionalcatolicis-mo imperante. Las Conversaciones de San Sebastián retomaron, desde 1947 hasta 1950, una iniciativa creada por los propagandistas en 1935. Los temas discutidos (libertad, opinión pública, prensa libre, tolerancia, etc.) cuestionaban los prin-cipios políticos del régimen. Entre los ponentes figuraban los intelectuales católicos europeos más destacados por su aperturismo. Un sustitutivo de los anteriores encuentros fueron las Conversaciones de Gredos, desde 1951 hasta 1968, donde resona-ron las voces críticas de los intelectuales españoles (Quezaju, el fundador, Aranguren, Maravall, Marías, Garrigues, Ridruejo etc.). A estas conversa-ciones siguieron durante aquellos años otros foros similares. Pero aquellas muestras de aperturismo no llegaron a imponerse, pues dominaba todavía el espíritu de intransigencia que se reflejó en las con-troversias sobre la heterodoxia de Unamuno y Ortega al filo de los años cincuenta.

El capítulo 5º y último prolonga el panorama cultural hasta el final del siglo: “El postconcilio y transición: un paisaje sin cambio”. El autor reco-noce un panorama cultural digno y meritorio, pero lamenta que no se llegara al diálogo con quienes dominaban el panorama cultural de la nación. El capítulo comienza recreando el ambiente creado por la apertura del Vaticano II. Fueron años de entusiasmo conciliar y de desbandada postconci-liar. La floración del libro religioso de los años sesenta y setenta, coincidió con la terrible erosión demográfica de las vocaciones sacerdotales y reli-giosas. La Iglesia colaboró en el proceso democráti-co y encontró una acogida hasta entonces descono-cida en los medios progresistas; pero aquella efer-vescencia quedó pronto frenada por resistencias internas y menosprecios externos. El recuento que se hace de las manifestaciones culturales está menos elaborado que el ofrecido en los capítulos anterio-res, debido en parte a la proliferación de las activi-dades confesionales y a la multitud de sus represen-tantes. El muestreo de libros, revistas, editoriales y universidades confesionales no deja de ser conside-rable, así como las noticias de la acción cultural de las congregaciones religiosas (con especial atención a los jesuitas). La notificación de autores y obras es calificada, en el mismo libro, de “apresurada”. Dada la especialidad del autor, es explicable que los

trabajos historiográficos reciben mayor atención que las producciones teológicas y filosóficas. La semblanza de Julián Marías resulta convincente; la de Javier Zubiri, en cambio, parece demasiado sucinta, habida cuenta de su imponente legado filosófico y de la biografía que le dedicaron J. Corominas y J. A. Vicens.

III

El profesor Cuenca ha encerrado el rico y variado contenido de esta obra en una tesis unitaria, explicada en el prólogo, la introducción y el epílogo, y reiterada a lo largo del libro. La tesis se basa en la comparación de las dos culturas que, de alguna manera, pretendían configurar la identidad de los españoles de los siglos XIX y XX. De una parte está cultura de inspiración católica, que acuñó durante siglos el carácter de la nación. De otra parte está la cultura surgida de la Ilustración, que se impuso a lo largo de la época contemporánea en todos los países de Occidente. Esta cultura secular, progresista y laica se ha impuesto de manera preeminente en las sociedades contemporáneas, incluida la española. El peso de la tradición en España convirtió el campo cultural en un terreno de lucha.

Nuestro autor reconoce el mérito de la cultura católica, pero a la hora de hacer balance saca conclusiones pesimistas. La cultura católica le parece aislada, minoritaria, incapaz de penetrar en las masas. Las iniciativas dialogantes quedaban pronto interrumpidas, unas veces por la intolerancia propia, otras veces por la incomprensión ajena. Esta tesis de la superioridad de la cultura laica y de la marginación de la cultura católica coincide con la que defendió Manuel Azaña en su famoso discurso: “en España, a pesar de nuestra menguada actividad mental, desde el siglo pasado el Catolicismo ha dejado de ser la expresión y el guía del pensamiento español”. Otras voces católicas estaban de acuerdo en reconocer el ostracismo cultural del catolicismo español. En el libro se recoge la conversación del P. Gafo con Ramiro de Maeztu el día de la quema de conventos de Madrid en 1931: “¿Cómo pudo suceder esto? ¿En dónde está el Catolicismo español? [...] Ramiro de Maeztu insistía en que una de las causas principales de lo que estábamos viendo, como el más agudo episodio de otro estado de cosas más general, era el divorcio, la distancia existente entre el catolicismo y los intelectuales, literatos, publicistas, catedráticos, etc. Se ignoran mutuamente, no se entienden” (p. 77). Años más

tarde, en 1976, comentando a la luz de los decretos conciliares la polémica sobre el *Syllabus* en el siglo XIX o sobre la ortodoxia de Unamuno y Ortega de mediados del siglo XX, José María García Escudero escribía: “Qué pena... ¡Cuántas vías cegadas, cuántas previsiones, cuántas condenaciones! ¡Tanto tiempo perdido! [...]. Se podía pensar que dentro de la Iglesia no había sitio más que para la sumisión incondicional y se le abandonaba para poder, fuera de ella (¿para poder decir?; ¿o para poder pensar?) lo que no parecía posible dentro. Una Iglesia anacrónica, burocrática, administrativa, rutinaria, formalista, condenatoria y en el fondo temerosa: la Iglesia de mi infancia y juventud...” (p. 383).

IV

Testimonios como estos nos confirman que los juicios comparativos de José Manuel Cuenca sobre las dos culturas no están descaminados, cuando acusa la victoria de las fuerzas progresistas sobre las confesionales o cuando califica las empresas católicas como frustración o contradicción. ¿No se muestra demasiado pesimista al hacer esos juicios? ¿O tal vez demasiado riguroso?

Yo me atrevería a matizar la tesis del libro, o por lo menos a suavizarla desde otras perspectivas.

1º. La Iglesia es algo más que cultura. Es creencia, compromiso, conciencia y modo de vida. La acción cultural de inspiración cristiana es una parcela de trabajo en la viña del Señor. Parcela importante, desde luego, pero no menos que otras añadidas a las estrictamente religiosas. José Manuel Cuenca es consciente de la amplitud de esas tareas. Ha dedicado a la acción social y política de los católicos españoles el libro espléndido que antes recordamos, y en este mismo libro se hace eco de los méritos de los católicos en la atención al prójimo, la asistencia hospitalaria, la proyección misionera y la educación a todos los niveles (p. 60-62). Puede parecer que, en comparación con esas actividades, la misión cultural es todavía una asignatura pendiente. Mejor diríamos que es una asignatura que está muy lejos de obtener la nota deseada, pero que no ha sido abandonada del todo, a pesar de la dificultad que requiere la especialidad científica y el escaso número de sus cultivadores.

2º. La cultura católica no es cuestión de competencia, sino de presencia. Desde el momento en que comparamos la cultura católica con la cultura laica estamos admitiendo una derrota por goleada.

¿Quién puede competir con los recursos de la cultura del Estado? ¿Quién puede imponerse a los cánones de una sociedad secularizada y globalizada? La cultura de inspiración cristiana no es una competencia victoriosa, sino una presencia testimonial en el seno de la comunidad científica con espíritu de tolerancia y libertad.

3º. Aun admitiendo la comparación, la cultura católica de España ha sido, indudablemente, minoritaria, pero no por eso debe considerarse fracasada. Se puede aplicar a la cultura católica la misma polémica que se ha planteado a la acción social católica. ¿Fracaso o frustración? El profesor Cuenca planteó esta disyuntiva en la primera edición de su libro sobre los sindicatos y partidos católicos españoles. La respuesta puede ser la misma. Vistos los logros culturales obtenidos, más que de un fracaso debería hablarse de un éxito a medias. Quienes, movidos por su amor a la Iglesia, esperaban frutos mayores, juzgarán los medianos logros obtenidos como una frustración. Es posible que el balanceo entre las realidades y los ideales haya llevado a nuestro autor a moverse en el claroscuro de algunos de sus juicios. Ha sido muy generoso en el reconocimiento de méritos y en la concesión de alabanzas, y al mismo tiempo se ha mostrado riguroso y exigente al percibir la distancia con la perfección deseada. Es una actitud acertada en conjunto, aunque puede ser discutida en los detalles

En cualquier caso, José Manuel Cuenca ha escrito un libro que no deja indiferente. Un libro admirable, espléndido recordatorio de empresas culturales que no deben olvidarse. Un libro que enseña, orienta y estimula.

Dalla-Corte Caballero, Gabriela (eds.), *Cultura y negocios: el americanismo catalán de la Revista Comercial Ibero-Americana Mercurio (Barcelona, 1901-1938)*. Barcelona, Casa América Catalunya, 2012, 221 pp.

Por Marcela Lucci
(Universitat Autònoma de Barcelona)

El libro de Gabriela Dalla-Corte Caballero es breve. Menos de 300 páginas están abocadas al

estudio de la aparición y evolución de la *Revista Comercial Ibero-Americana MERCURIO*, fundada por el empresario catalán José Puigdollers Macià en 1901. La obra consta de un prólogo a cargo de Antoni Traveria, Director general de Casa Amèrica Catalunya, -entidad centenaria vinculada, como la publicación que analiza la autora, al desarrollo del americanismo catalán durante todo el siglo XX-; una lúcida introducción y ocho capítulos profusamente ilustrados con imágenes poco difundidas o inéditas de los responsables de *Mercurio*, del contenido de la revista y de su sede barcelonesa. El texto se completa con unas reflexiones finales y un insoslayable e inédito anexo documental.

La producción científica de Dalla-Corte en el campo del americanismo catalán como objeto de análisis desde el cual plantear nuevos interrogantes al devenir histórico español del siglo XX es importante, y a este texto le precede –entre otros- *Casa de América de Barcelona. Comillas, Cambó, Gil Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional*¹, que es un profundo análisis de la evolución de ese proyecto económico al impulso comercial peninsular. En el caso que nos ocupa, la historiadora da un paso más en esta dirección para ahondar en la manera en que *Mercurio* se convirtió en un espacio desde el cual proponer vectores de renovación comercial, atraer el interés del entorno económico español y proponer la actividad mercantil como esfera para un intercambio fructífero entre sociedades diversas. La documentación que sostiene el estudio establece, en el terreno de la historia cultural y económica, la capacidad de la sociedad española de trazar y ejecutar proyectos de diversa índole gestados a partir de una cosmovisión particular, que difiere de la dominante pero con la que coexiste y a la que efectúa aportaciones provechosas. Así, *Cultura y negocios: el americanismo catalán de la Revista Comercial Ibero-Americana MERCURIO. (Barcelona, 1901-1938)* se conecta con el pasado peninsular para contribuir a definirlo desde las antípodas del discurso franquista de unidad cultural que campeó durante la dictadura: al ahondar en el estudio de la revista representante del americanismo catalán comprueba, por una vía muy poco estudiada, que la sociedad española ha sido capaz de emprender secularmente caminos de acción y expresión diversos y distintos.

¹ DALLA CORTE-CABALLERO, Gabriela, *Casa de América de Barcelona. Comillas, Cambó, Gil Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional*, Madrid, LID Editorial Empresarial, 2005.